



## Pentecostés culmen del tiempo pascual

Estimado lector, en el artículo anterior hablábamos sobre el significado de la Pascua del Señor; ahora continuaremos con la Pascua y su relación con la venida del Espíritu Santo el día de Pentecostés.

En repetidas ocasiones Cristo prometió la venida del Espíritu Santo, promesa que realizó primero el día de Pascua y luego, de manera más manifiesta, el día de Pentecostés.

El día de Pentecostés (el cuál es el término de las siete semanas que dura el tiempo pascual), la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo, día en el cual se manifiesta, da y comunica el Santo Paráclito como Persona divina: desde su plenitud, Cristo el Señor, derrama profusamente el Espíritu. Es en ese momento en donde se consolida la Iglesia. Recordémoslo en el siguiente relato bíblico:

“Al llegar el día de Pentecostés, estaban reunidos, María y los apóstoles, en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse.” (Hch 2, 1-4)

Llenos del Espíritu Santo, los apóstoles comienzan a proclamar “las maravillas de Dios” (Hch 2, 11) y Pedro declara que esta efusión del Espíritu es el signo de los tiempos mesiánicos (de los tiempos del Mesías).

En este día se revela plenamente la Santísima Trinidad. Desde ese día el Reino anunciado por Cristo está abierto a todos los que cree en Él: en la humildad de la carne y en la fe, participan ya en la comunión de la Santísima Trinidad. Con su venida, que no cesa, el Espíritu Santo hace entrar al mundo en los “últimos tiempos”, el tiempo de la Iglesia, el Reino ya heredado, pero todavía no consumado.

**«Hemos visto la verdadera Luz,  
hemos recibido el Espíritu celestial,  
hemos encontrado la verdadera fe:  
adoramos la Trinidad indivisible  
porque ella nos ha salvado»**

Dios Padre: esa persona divina que pudo unir el cielo con la tierra cuando envió a su Hijo único,

Jesucristo: Quien vivió, sufrió, derramó su sangre y dio la vida por nosotros para que fuésemos salvos de todo pecado, para alcanzar el Reino de los cielos. "Por este Hijo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados".

Espíritu Santo: Es quien nos ha injertado en la vid verdadera, gracias a su poder los hijos de Dios podemos dar fruto. Se nos da la confianza de invocar a Dios como Padre. Es quien prepara nuestro corazón para hacerlo habitación y morada de Dios.

El Espíritu Santo prepara a los hombres, los previene con su gracia para atraerlos hacia Cristo. Les manifiesta al Señor resucitado, les recuerda su palabra y abre la mente para entender su Muerte y Resurrección. Les hace presente el misterio de Cristo, sobre todo en la Eucaristía para reconciliarlos, para conducirlos a la comunión con Dios, para que den mucho fruto.

Finalmente, recordemos que mientras más renunciamos a nosotros mismos, más obramos según el Espíritu de Dios.

Fuentes:

Catecismo de la Iglesia Católica, Coeditores Católicos de México, números de referencia: 731, 732, 736, 737.

Nuevo Diccionario de Liturgia, Ediciones Paulinas, pp. 1573-1575.

**Fr. Félix Maldonado Reséndiz**

## Secuencia de Pentecostés

Ven, Dios Espíritu Santo,  
y envíanos desde el cielo  
tu Luz, para iluminarnos.

Ven ya, padre de los pobres,  
Luz que penetras en las almas,  
dador de todos los dones.

Fuente de todo consuelo,  
amable huésped del alma,  
paz en las horas de duelo.

Eres pausa en el trabajo;  
brisa, en un clima de fuego;  
consuelo en medio del llanto.

Ven, luz santificadora,  
y entra hasta el fondo del alma  
de todos los que te adoran.

Sin tu inspiración divina  
los hombres nada podemos  
y el pecado nos domina.

Lava nuestras inmundicias,  
fecunda nuestros desiertos  
y cura nuestras heridas.

Doblega nuestra soberbia,  
calienta nuestra frialdad,  
endereza nuestras sendas.

Concede a aquellos que ponen  
en ti su fe y su confianza  
tus siete sagrados dones.

Danos virtudes y méritos,  
danos una buena muerte  
y contigo el gozo eterno.